

Alice Kellen

Tal vez tú

Serie Tú 2

 Planeta

ELISA, LA ABOGADA INVENCIBLE

Yo nunca fui una de esas chicas que creen en el amor puro e incondicional; me bastaba con un amor práctico pero eficiente. Es decir, no buscaba un príncipe azul que me regalase flores solo porque sí, por el placer de hacerlo; me conformaba con que lo hiciese el día de mi cumpleaños o en San Valentín (evidentemente, tampoco pedía regalos muy originales). Nunca anhelé tener esa clase de sexo brutal que te sacude y te deja aletargada; aceptaba hacerlo una o dos veces a la semana, normalmente con Colín encima de mí y sin apenas detenernos en esa palabra conocida como *preliminares* a la que él parecía tenerle alergia. Y no, tampoco le exigía que fuese especialmente atento o detallista; era suficiente con que fuese «él mismo» y me diese un par de arrumacos por las noches al sentarnos juntos en el sofá con la televisión encendida de fondo y un cuenco de palomitas cerca.

Por suerte, más allá de los regalos, el sexo o la aten-

ción, Colin tenía otras virtudes. Por ejemplo, era muy sociable; el tipo de novio que podías llevar cogido del brazo a cualquier reunión de amigos o de trabajo a sabiendas de que caería bien a todo el mundo y se integraría en el grupo en menos de lo que dura un pestaño. Además, se le daba fenomenal la cocina, era sumamente ordenado y prefería ver un partido de tenis antes que uno de béisbol o fútbol. Tenía un pelo de anuncio de champú, una nariz que esperaba que heredasen nuestros futuros hijos y un tono de voz embaucador. Le gustaban los pepinillos en vinagre, la música jazz y cantar en la ducha cuando tenía un buen día. Ah, que no se me olvide comentar que también le perdían las tetas grandes. Y por si os lo estáis preguntando, no, mis tetas no eran grandes. Y sí, Colin me era infiel.

Tan infiel como el protagonista malvado de la última telenovela a la que me había enganchado, con la diferencia de que a Manuel Hilario Peñalver todavía no lo había pillado Lupita de la Vega Montalván con las manos en la masa, mientras que a Colin lo había encontrado hacía un año y medio en nuestra cama con una rubia entre las sábanas.

—¿Elisa? ¿Tienes un momento?

Dejé de divagar y de abrir viejas heridas del pasado al escuchar la severa voz de mi jefe al otro lado de la puerta. Me alisé la impecable camisa blanca que vestía, sacudí mi larga melena castaña tras los hombros y me esforcé por mostrar la mejor de las sonrisas.

Henry entró con paso decidido y acomodó su prominente trasero en la silla vacía que había enfrente de mi escritorio. Luego depositó en la mesa una carpeta de cartón blando con el logotipo azul del bufete de abogados donde trabajaba y las letras que trazaban

«Co & Caden» justo debajo. Se toqueteó el poblado bigote.

—Tengo un nuevo caso para ti —anunció.

Henry rondaba los cincuenta años, pero algunas canas ya rompían la monotonía de su cabello oscuro. Y no, no se parecía en nada a George Clooney; la única semejanza que mi jefe guardaba con él era que ambos tenían pene.

—¿De qué se trata? —pregunté mientras alineaba (todavía mejor de lo que ya estaban) los bolígrafos de tres colores que siempre tenía sobre la mesa: uno negro, otro azul y, por último, el siempre eficiente rojo, al que por supuesto le quedaba menos tinta que a sus fieles compañeros.

—Un divorcio.

Sentí un incómodo tirón en el estómago.

—¡Oh, no, Henry! Sabes lo mucho que odio ocuparme de ese tipo de asuntos...

—Es un caso importante y te lo delegué oficialmente hace un par de semanas —me cortó en tono seco, dejando claro que mis protestas caerían en saco roto—. Vamos a comisión, así que podemos sacar un buen pellizco, Elisa. Y para eso necesito a la mejor. Y tú eres la mejor.

Suspiré hondo, ablandándome un poco ante la orgullosa sonrisa que me dedicó. Aunque a veces era un hombre algo irascible que carecía de tacto, en el fondo le guardaba cariño. En cierto modo, él había creado la sólida figura de «Elisa, la abogada invencible». Él era mi Geppetto y yo, su Pinocho. Para corroborarlo, solía decir de mí que era su marioneta preferida, y nunca tenía demasiado claro si debía tomarme su comentario como un halago o como un insulto.

De cualquier modo, Henry me fichó para su despacho de abogados meses antes de que finalizase los estudios, ofreciéndome un contrato en prácticas, y desde ese mismo instante, me centré plenamente en el trabajo como si el resto del mundo hubiese sido devastado por un virus letal y todos los humanos —a excepción de los que habitaban en aquel edificio— se hubiesen transformado en una legión de peligrosos zombis de los que debía escapar. Ese puesto en el bufete era la gran hazaña de mi vida, así que me sentía agradecida por la confianza que Henry siempre depositaba en mí. Aunque, a decir verdad, tenía una razón de peso para hacerlo: casi nunca perdía un caso. Si en mi empresa se hubiese hecho la tontería esa de nombrar periódicamente al mejor empleado del mes, mi nombre habría figurado en el listado de forma permanente.

Me recosté sobre el respaldo de la silla con los brazos cruzados.

—Ponme al corriente.

Su mirada verdosa brilló con satisfacción.

—¿Te suena de algo el nombre de Frank Sanders?

—¡Pues claro! ¡Es un actor de Hollywood!

—¡Exacto! Y ese hombre forrado de dinero está a punto de divorciarse.

—¿Representaré a Frank Sanders? —pregunté sorprendida; mi bufete tenía prestigio, pero no tanto como para codearse con ese tipo de clientes.

Henry rio y sacudió la cabeza.

—No, no, ¡todavía mejor! Su futura exmujer será tu clienta —aclaró—. No hicieron acuerdo prematrimonial y te aseguro que esa tía está deseando arrasar con su cuenta bancaria hasta dejarlo seco. Elisa, quiero que te tomes este caso muy en serio.

—Sabes que siempre lo hago. No te preocupes —aseguré, e intenté disimular mi gran decepción por no poder representar al marido. Tuve que borrar de un plumazo todas las ilusiones que acababa de hacerme: adiós a practicar surf con Matthew McConaughey, adiós a cenar en casa de Brad Pitt y mirarle el trasero cuando se diese la vuelta para ir a la cocina a por la segunda botella de vino; y, por ende, adiós a la posibilidad de pedirle a Angelina Jolie que me confesase sus trucos de belleza (aunque seguro que solo diría: «Pues bebo mucha agua al día...»).

Henry asintió levemente con la cabeza y se levantó, apoyando ambas manos sobre los brazos de la silla. Cuando se irguió, volvió a clavar sus ojos en mí.

—Ahí te dejo el expediente. —Señaló la carpeta que minutos atrás había depositado sobre la mesa de mi escritorio—. El lunes te reunirás con Julia Palmer, tu nueva clienta. Y la siguiente semana, Frank Sanders vendrá aquí mismo para que podáis mantener una charla en la sala de reuniones. Me ha costado lo mío convencerlos, su abogado es un hueso duro de roer, así que aprovecha la oportunidad. La clave está en lograr beneficios evitando juicios y embrollos; léete el expediente, tienes varios hilos de los que tirar.

—De acuerdo, lo haré.

Henry salió de mi despacho sin despedirse.

Le eché un vistazo al móvil para descubrir que tenía cero llamadas, cero mensajes, cero intentos de comunicación del mundo exterior. Tampoco podía culpar a mis antiguas compañeras de la universidad por huir de mí despavoridas. Era comprensible. Después de anular mi compromiso con Colin, me pasé varios meses monopolizando la conversación cada vez que quedábamos

para comer o íbamos a tomar algo. No sé las veces que repetí lo horrible que había sido encontrarlo con su compañera de trabajo; esa rubia de tetas grandes que siempre me sonreía los días que iba a recogerlo a la hora del almuerzo, pero sí sé que, llegados a cierto punto, la gente se cansa de escuchar lamentaciones. El problema era que no podía evitarlo, no conseguía dejar de vomitar insultos que seguían sin ser un desahogo suficiente. Cabrón. Colin. Gilipollas. Colin. Idiota infiel. Colin. Tonto del culo hasta el infinito. Ahg.

No estaba triste, estaba terriblemente enfadada. Y lo único que logró calmar un poco esa rabia acumulada fueron las clases de boxeo. Pero cuando salía del ring, volvía a enfurecerme. Además, ¿cómo podía no entenderme el resto del mundo? Conocía a Colin desde los veinte años. Habíamos asistido a la misma universidad y tenía mi vida planificada desde el segundo año de carrera. Trabajo. Casa. Matrimonio. Hijos. Nietos. Muerte. Y entonces, antes de que pudiese llegar a la tercera fase, él lo rompió todo.

Las únicas que sabían de verdad cómo me había sentido eran mis dos mejores amigas. Hannah había aguantado mi mal humor con una sonrisa en los labios y se había mantenido optimista mientras me ayudaba a recoger las pertenencias de Colin en cajas de cartón y me veía lanzar ciertos objetos contra la pared del salón (la fotografía en la que salíamos besándonos, la cajita donde guardaba nuestros recuerdos, el último frasco de colonia que me había regalado). La adoraba. Y Emma, que el año anterior se había mudado a California por amor y se pasaba el día tomando daiquiris con su novio, me acosó a llamadas, se preocupó por devolver todos y cada uno de mis desesperados mensajes y cogió un vue-

lo a Nueva York para venir a verme cuando me embo-
rraché un sábado por la noche y le aseguré que pensaba
suicidarme tragándome un montón de ciruelas de golpe
(¿quién se cree eso? Emma, siempre tan dramática,
claro).

Mi madre, por supuesto, también me conocía bien
y no fue fácil engañarla y fingir que estaba genial, pero
cada vez que la visitaba me esforzaba por mantener una
sonrisa radiante. Con el tiempo, la tarea resultó un
poco más sencilla.

Tras unos primeros meses de duelo, dejé de pensar
en Colín. O, mejor dicho, dejé de pensar en él tal y
como lo hacía antes. Al recordar su rostro ya no veía a
ese chico perfecto que me había robado el corazón con
un par de miradas; tan solo veía a un hombre cualquie-
ra, un extraño más entre los cientos de desconocidos
que caminaban diariamente a mi lado por las calles de
Nueva York.

Así que estaba soltera desde hacía más de un año y
mi vida se reducía a comer ingentes cantidades de helado
Häagen-Dazs, vagar en mi apartamento y sufrir
un intenso lavado de cerebro por culpa de las telenove-
las que me tragaba. La apatía y la rutina eran mis drogas
particulares, aunque tampoco es que me pasase el día
lloriqueando por las esquinas. En primer lugar, porque
yo no lloro; como mucho, me enfado, pero llorar no. Y
aunque siempre asentía cuando mi madre murmuraba
uno de sus habituales consejos —«Sonríe en la calle,
llora en casa»—, no lo cumplía de un modo literal. Tan
solo me permití estallar en llanto cuando les conté a mis
amigas lo que había ocurrido con Colín; tras esos minu-
tos de debilidad, fue como si me vaciase por dentro y
desde entonces jamás había vuelto a derramar ni una

sola lágrima. Aunque debo decir que en una ocasión, cuando picaba un poco de cebolla para meterla en el horno junto a dos alitas de pollo y una patata cortada en rodajas, advertí al mirarme en el espejo que el blanco de mis ojos, la parte visible de la esclerótica, estaba ligeramente enrojecido, y en aquel momento me pareció algo extraordinario.

De modo que, quizá debido a mi situación, lo último que me apetecía era encargarme de un caso de divorcio. Por experiencia, sabía que los divorcios implicaban dolor, drama y disputas. Yo no quería enfrentarme a eso, ni mucho menos tener que escuchar las intimidaciones que siempre salen a la luz cuando todo se ha roto, los «A mi marido le gustaba que le diese palmadas en el trasero cuando follábamos» ni «Pues sí, hacía el elefante al salir de la ducha fingiendo que su miembro era la trompa. Y, entre tú y yo, tenía poco de trompa y mucho de flautín».

Algo agobiada, deseché la idea de echarle un vistazo al expediente y lo guardé en el maletín para revisarlo durante el fin de semana. Cogí el teléfono y llamé a Hannah.

—¿Todavía estás en el trabajo? —preguntó.

—Sí. —Me metí en la boca un caramelo de menta con regalíz que acababa de encontrar en el primer cajón del escritorio—. ¿Cómo va todo?

—Mi madre organiza esta tarde una de sus reuniones benéficas y le prometí que me quedaría, ¿te apetece venir a tomar el té?

—Gracias, pero no. Quizá otro día.

Los padres de Hannah me daban miedo.

—¿Nos vemos esta noche, entonces?

—Vale, donde siempre.

—A las nueve —concluyó Hannah.

Todos los viernes por la noche acudíamos al Greenhouse Club, una de las discotecas de moda en Nueva York. El sitio estaba situado en pleno Soho y, como los dueños eran amigos de los padres de Hannah, nunca pagábamos por ocupar uno de los reservados. Servían los mejores cócteles de la zona y de vez en cuando se apuntaban al plan Dasha y Clare, que eran amigas de Hannah, o mis (esquivas) compañeras de universidad, pero en realidad prefería que quedásemos solo nosotras dos. Era más divertido y cómodo.

Aquel día, como de costumbre, fui una de las últimas en salir de la oficina. Me pasé el trayecto en metro intentando adivinar las vidas de los demás viajeros, preguntándome si ellos sí conocerían el secreto de la felicidad. Cuando llegué a mi diminuto apartamento, me quité los zapatos de tacón en la entrada e intenté avanzar hasta la cocina a trompicones por culpa del gato negro que se frotaba contra mis piernas con el claro propósito de asesinarme de una vez por todas. No sé cómo, pero logré llegar hasta la nevera sin ser derribada.

—Tranquilízate, Regaliz —protesté, pero solo conseguí que maullase con más insistencia. Le di una latita de sabor «gambas con salmón» y se puso a comer—. Gracias por perdonarme la vida, colega —farfullé mientras metía una pizza en el horno y activaba el temporizador.

Tenía dos grandes debilidades: Tarantino y sus películas sangrientas y la pizza de cuatro quesos. Por suerte, las reuniones sociales me ayudaban a mantener la línea. En el trabajo, como todas mis demás compañeras, solía pedir ensalada y agua y cuando el camarero listillo de turno preguntaba «¿Algo más?», a pesar de estar

muerta de hambre y tener ganas de morderle el puto brazo, cruzaba las piernas con elegancia y lentitud y negaba con la cabeza tras afirmar: «No, gracias. Eso es todo». Así que, después, mientras intentaba comprender por qué la gente que come fuera de casa siempre finge que sus mejores amigos son los dichosos vegetales, engullía despacito una hoja de canónigo, un grano de maíz, esa oliva deliciosa que parecía haber caído en medio de tanta vegetación por error...

¡Ding, ding, ding!

Ignoré la campanita del horno mientras me subía la cremallera del clásico vestido negro que me había puesto tras salir de la ducha; tenía un corte recto y el largo quedaba por encima de la rodilla. Solo me faltaban los tacones. Me puse de puntillas para intentar alcanzar la caja donde guardaba los zapatos, que estaba en el estante más alto del armario. Tanteé con la yema de los dedos la superficie de madera y una corbata roja se deslizó hasta caer a mis pies.

Era increíble que hubiese pasado más de un año desde que rompí con Colin y que todavía continuase encontrando sus pertenencias por casa. Suspiré hondo. Luego pisé la corbata a propósito y di un pequeño saltito, consiguiendo así agarrar el borde de la caja de zapatos y bajarla. Con los tacones ya puestos, volví a la cocina, cogí unas tijeras y corté la corbata de Colin en dos trozos que, posteriormente, terminé depositando sobre la bolsa de basura, al lado de la cabeza medio chamuscada de un pescado. A continuación, saqué la pizza del horno y devoré y saboreé el queso fundido mientras contemplaba la ciudad de Nueva York a través del ventanal del comedor.